

EL CESANTE Y CICERON

NOTA: Cuento N ° 11 del Capítulo VII del libro "Manifiesto Irreverente y otros relatos" de Hugo Eduardo Diaz.

El cesante , de nombre Jesús, en sus angustiantes salidas a la calle buscando alguna posibilidad de empleo, tan escasos casi en todo tiempo y lugar, apesadumbrado y amargado terminaba muchas veces refugiándose en la gran Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, donde la mortificación del hambre causante de los aullidos de sus tripas, cesaba casi por encanto.

La Biblioteca era para él un sitio de descanso, especial para escapar de la realidad miserable que lo agobiaba. Se sumergía en algún libro y su imaginación lo llevaba lejos, hacia hechos heroicos, hacia vidas valiosas, hacia amores felices, hacia desgracias inolvidables.

En fin, en pocas horas, hundido su cerebro en grandes obras, en la mente de artistas de la palabra, su melancolía huía a esconderse, aunque fuera por algún corto tiempo.

Cuando ingresaba a esta Biblioteca, lugar para él un verdadero palacio sagrado de la cultura, no podía dejar de admirar los grandes y espaciosos salones de lectura, los macizos y elegantes mesones y sillones,

los ostentosos cuadros de personajes relevantes e históricos, el silencio y el respeto de los lectores. Aquí, toda la paz y la tranquilidad era solamente interrumpida por los llamados de los funcionarios para hacer la entrega de los libros o, a veces, por algunos tos o murmullos de algunos que calladamente y sin tomar conciencia de las molestias que causaban formulaban comentarios sobre algún asunto.

En uno de esos días, mientras la lluvia arreciaba y el frío moreteaba la punta de la nariz y las manos, cansado de tanto andar mendigando algún trabajo, ingresa a su templo del sosiego. Antes de hurgar en las cajuelas en la búsqueda de algún título o autor, se dirige directamente al salón principal de lectura. Se sienta, respira profundo, descansa y observa a los que como él, llegan a este lugar tratando de escapar del mundo real o, quizás, también a aprender como sobrevivir y defenderse de tantos humanos deshumanizados. Algunos, según la percepción de Jesús, eran al parecer por su penosa presencia, o personas abatidas y derrotadas o a lo mejor uno de esos personajes excéntricos y raros que persiguen con vehemencia algún laurel antes de morir. Le llamó la atención uno de estos caballeros, sentado casi al frente de él, pero dos sillones más distantes. Se le veía vestido con un gran abrigo negro, largo, grueso, muy usado, casi gastado en los puños y en el cuello, y se podría decir, que probablemente no había sido lavado desde hacia un buen tiempo.

Mientras que con una mano el hombre cubría su garganta con una bufanda de lana ploma alrededor de su cuello, con la otra daba vuelta la página del grueso libro que posaba abierto sobre el mesón.

Jesús al ver el aspecto de desamparo y mendicidad de ese pobre hombrecito fue invadido por una especie de compasión y sin poder evitarlo su pecho lo obligó a expeler el aire acumulado en forma de un gran y triste suspiro.

Un poco intrigado y apenado por este espectáculo, Jesús fue en busca de algún libro que versara sobre la vida humana y su quehacer. Volvió a su asiento en espera del libro solicitado. Pasado algunos minutos, intranquilo por la tardanza, sin querer su vista se dirigió de nuevo hacia ese ser chascón, barbudo, que le había impactado con su mendigante presencia.

Jesús, el ex ave nocturna y el ex nochero del Pabellón N ° 3 del Hospital San José de Santiago de Chile, paulatinamente se estaba habituando al ajetreo diurno y al intenso movimiento de transeúntes de la capital del país. Aun poco adaptado a la agitada vida de la gran metrópolis, añorando siempre el cansino pasar de Iquique, comparaba la modesta biblioteca de su pueblo con ésta, la que tenía la fortuna de asistir, gracias a la cesantía que padecía y también a su inconciencia de estar en un lugar donde generalmente arriban aquellos que jamás han necesitado trabajar porque no lo requieren, los inadaptados con intenciones de cambiar el rumbo del mundo, los mendigos y sus compañeros cesantes y, a veces, algunos estudiantes y personas ociosas que buscan la forma de entretener su apagada vida.

Jesús consciente de estar perdiendo el tiempo y con molestos remordimientos cuando pensaba en su pobre mujer que lo creía

ufanándose por las calles de la gran capital en busca de empleo, su cerebro lo engañaba con dudosas justificaciones para calmar su pesar.

Fundamentando aún más sus paseos por la Biblioteca Nacional ante su conciencia que le mordía la razón, él tenía que aprovechar estos tiempos de holganza obligada que permite a los seres que esconden anhelos escondidos y no cumplidos a tratar de preparar el trazado del camino que alguna vez puedan tomar, aún cuando ya sean ancianos. Son las esperanzas que hacen vivir o mover las células de la vida. Además, la imposibilidad de adquirir libros y su inquietud por aprender lo impulsaban casi siempre a visitar con frecuencia las bibliotecas públicas.

Gozaba alimentando su cerebro con nuevos conocimientos. Leía y leía, con pasión, con casi angustia. Para él, el salón de la biblioteca era como su campo de batalla, donde no obstante su obstinación y perseverancia, no lograba aún descubrir lo falso de lo verdadero, ni la esencia de la forma.

Su cerebro bullía ante la presencia de miles y miles de libros, antiguos y modernos, pequeños y voluminosos, conteniendo verdades y mentiras sobre la milenaria existencia de la vida y perpetuo movimiento del universo.

Haciendo caso omiso del hombre del abrigo negro y en espera de la llegada del volumen pedido, su mente lo lanzó hacia el un casi dramático recuerdo, sucedido algunos meses atrás, aquí en esta Biblioteca Nacional.

Cierta vez, revisando las cajuelas bibliográficas, a Jesús le llamó la atención el nombre de un autor que superficialmente había escuchado hablar sobre él. Se trataba de Cicerón, un famoso personaje de la intelectualidad del Imperio Romano, calificado como Padre de la Patria Romana, escritor, historiador y gran orador, que vivió entre el año 104 y 43 A. de C. Se interesó en esta obra y confeccionó la boleta de pedido. Esperó. Pasaron diez minutos. Pasaron otros quince minutos. La demora era bastante inusual. Era demasiado. Se levantó del asiento y se dirigió al funcionario que atendía los pedidos. Al pedirle explicaciones por la espera tan prolongada, éste lo miró curiosa y extrañamente, casi con sorpresa, respondiéndole que el libro solicitado lo estaban "transportándolo" y que tomara asiento, por favor. Al cabo de unos minutos, Jesús vio venir hacia él a un funcionario vestido de overol azul cargando un inmenso libro sobre su hombro, como si éste fuera un saco de papas. Jadeando, se acercó a Jesús, lo miró muy sorprendido y le colocó el voluminoso libro, de casi un metro cuadrado y de 40 centímetros de espesor, sobre el mesón. Los lectores vecinos, ubicados en los otros también hermosos mesones, dirigieron sus miradas escudriñadoras hacia éste personaje que se disponía a traducir una famosa obra milenaria escrita en latín antiguo por el gran escritor, historiador y orador romano.

Nuestro Jesús, no podía disimular lo ridículo de su situación. Todos lo miraban sorprendidos. Un modesto hombrecito, de aspecto de cesante, hojeaba y parece que leía y sopesaba lo escrito hace dos mil años y en lengua hablada en esa época. ¿Quién será? era la pregunta que todos se hacían. Seguramente un excéntrico y rico intelectual, se respondían

algunos, ya que es común observar a los ricos disfrazarse de pobres, para presumir de intelectual y democrático. Probablemente un profesor desempleado, deducían otros. Ni lo uno ni lo otro, era Jesús y su destino.

Desde su pupitre el funcionario de la biblioteca observaba fijamente todo el accionar del lector llamado Jesús Tadeo. Sin demostrar turbación, Jesús se vio obligado a farsantear y actuar como un erudito.

Ceñudo, mueve las inmensas y gruesas hojas, como pergamino y mira los hermosos trazos caligráficos de latín antiguo, escritos a mano, mientras gruesas gotas de transpiración rodaban por su frente, sin atreverse a levantarse de su asiento para solicitar que retirasen la reliquia que sin proponérselo había solicitado. El suplicio de Jesús duró más de una hora. Ahí estaba con su mente filosofando sobre su vida y el camino escabroso que había tomado. Estaba casi pegado al hermoso sillón de la biblioteca. Sentía una inmensa vergüenza de estar fingiendo lo que no era, pero no se atrevía a enfrentar las miradas de los otros lectores cuando se levantara de su asiento. Seguramente cuando decidiera hacer entrega del librote y se dirigiera hacia la puerta de salida todos lo seguirían con la vista hasta que desapareciera. Y ahí continuaba nuestro Jesús sin atreverse a levantarse de su sillón. Su espera paciente a que el salón no estuviera tan concurrido, con el objeto de pasar inadvertido, se tornó torturante cuando sintió que su vejiga le gritaba desesperada ir al baño a evacuarla, con una clara amenaza de dejarlo en ridículo si no se apresuraba. Transpirando por el esfuerzo y aún sin decidirse a entregar el gran texto, Jesús empezó a sentir la tibieza de un liquido que estaba escurriendo poco a poco entre sus piernas. Miró hacia el piso y asustado

vio una mancha deslizándose por las patas del sillón. Sin esperar más, dejó el libro en el mesón y salió corriendo hacia los baños que estaban ubicados en el subterráneo de la biblioteca.

Mientras Jesús traía a su mente este desagradable incidente, verdaderos lujosos pensamientos solamente al alcance de algunos cesantes por el tiempo disponible, Jesús volvió al presente observando de nuevo al ente vestido de pordiosero que impasible tenía la vista fija en las páginas de su libro.

Después de casi dos horas de ser transportado al entorno social de la Rusia del siglo XVIII y a los desvaríos de la imaginación de un pobre hombre mediante el hermoso cuento “El Hombre Superfluo”, de Antón Chejov, si la memoria no engaña, Jesús consulta la hora y se dispone a retornar a su hogar a ingerir la cruenta realidad de su vida al ver a su mujer y a sus pequeños hijos padeciendo tanta pobreza. Iba cruzando la calle, sorteando los microbuses y la lluvia que estaba cayendo a esa hora del atardecer, cuando justo en la luz roja del semáforo desde un moderno y lujoso automóvil Mercedes Benz, el conductor le hace señas que se acerque. Sorprendido por esta invitación del desconocido, se aproxima al vehículo y reconoce al patético hombrecillo del abrigo negro de la biblioteca, quien sonriendo y gentilmente le abre la puerta de su auto ofreciéndole resguardo de la lluvia y acercarlo a su domicilio. Jesús, gentilmente agradeció el gesto y la caballerosidad de ese excéntrico señor de apariencia desastrosa y abandonada, eludiendo respetuosamente la invitación. Mientras seguía en espera de su microbús, Jesús elucubraba imaginando al pordiosero entrando el Mercedes Benz al garage de su

mansión del barrio alto y dirigiéndose a su pieza de lectura, repletas de libros. No pudo evitar, en ese momento, que aflorara en su mente un atisbo de envidia. Y siguió, así, meditabundo, en espera del bus que lo llevaría a su hogar y donde tendría que soportar los golpes de la pobreza, al saludar a su mujer con su rostro triste y desesperanzado de tan larga cesantía.

Autor: Hugo Eduardo Diaz F.

“ www.hugoeduardodiaz.cl”

CHILE, Domingo 14 de Di